

RAÚL SERRANO SÁNCHEZ,
Catálogo de ilusiones

Buenos Aires, Final Abierto, 2010,
126 pp., 2a. ed.

Los gatos pueden tener ojos de cuarzo y los mortales que pueblan las ciudades como un verdadero “ejército de derrotados” a veces –para salir de la corrosiva monotonía en que se transforma la vida– descubren que tienen un don. Así le pasa a mister Karson, uno de los tantos personajes extraños que habitan esa especie de manicomio ambulante que es el *Catálogo de ilusiones*, el libro de cuentos del ecuatoriano Raúl Serrano que acaba de publicar Final Abierto.

Los monstruos, ya lo dijo en su momento el crítico Jerome Cohen, son pura cultura. Su cuerpo incorpora miedos, deseos, ansiedades y fantasías, que toman vida y una siniestra independencia. Es decir que se trata de una construcción pero también de una proyección: el monstruo existe solo para ser leído. Puede ser el señor Octavio y su bendito gallo o puede ser Malú y sus piernas chuecas, o la extraña señora a la que le habla el narrador del primer cuento, “Indicios en la niebla”. Puede ser también Ángelo, ese niño abyecto criado por unas tías libidinosas y crueles que lo creen “predestinado”. Porque el monstruo es etimológicamente “aquello que revela”, “aquello que advierte”, un enigma que debe ser interpretado. Y de esta manera, los personajes del *Catálogo de ilusiones* –siempre alejados de cualquier rango de normalidad, siempre acechados por las deformaciones de sus pesadillas– permiten vislumbrar un otro lado de la realidad que existe justamente porque el mundo que habitamos se nos escapa, nos queda chico, nos deja sin palabras.

En este catálogo de supuestas ilusiones nada es lo que parece. Las mujeres, al mejor estilo onettiano, pueden ser casi ninfulas o vivir en un falansterio. Los niños han perdido cualquier esperanza, han visto rota toda inocencia, y el amor es solo un sentimiento absurdo, como la letra de aquellos tangos del polaco Goyeneche que se dejan escuchar en algunos de los cuentos de este libro. Y en este sentido son acertadas las palabras de José Henríque, el director de la editorial Final Abierto, que en la contratapa anuncia una especie de “traición al lector”. La decepción vendrá tras cada uno de los diez diáfanos títulos del libro. Cada cuento desvía esa promesa de luz, y se convierte abruptamente en una atmósfera fantasmal, muchas veces bajo el riesgo de caer en lo revulsivo.

Si uno de los intertextos evidentes de estos relatos se encuentra en la obra de Juan Carlos Onetti, sin lugar a dudas Serrano Sánchez rinde también aquí un homenaje a Roberto Arlt. El linaje de los dos escritores rioplatenses se trama, por ejemplo, en la obsesiva presencia de la costurera Zenaida en “Los ocultos pájaros de tus pechos”. Como en Onetti, como en Arlt, la imposibilidad del amor raya muchas veces con la misoginia y de esta manera “Zenaida era la tigresa, el monstruo que todos aseguraban que la soledad, los años, la envidia y la locura terminaron, incluso, por convertir, a más de loca, en compactada con el diablo”. Una vez más, los monstruos acechan porque la impotencia parece ser nuestro único destino.

SUSANA ROSANO

UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO